

“primer” Meneses, Lasarte encuentra “un diagnóstico de los males de la realidad nacional” (p. 147), en el “segundo” destaca una atmósfera pesimista que tiene su origen en el fracaso, la melancolía y la muerte, presentes sobre todo en los personajes y acontecimientos de *La misa de Arlequín* (1962), síntoma inequívoco del malestar que provocó en el autor el clima político que se vivía entonces.

El trabajo textual, y sobre todo contextual, permite tener una idea mucho más completa –y compleja– de la presencia de Meneses en la literatura y en la política venezolanas, de una manera desmitificadora, pues, paradójicamente, Meneses fue autor de “algunas” obras que han sido silenciadas por la historiografía, amparadas en un falso proteccionismo al autor, quien, literaria e históricamente, tiene un puesto relevante en la narrativa venezolana de este siglo y su obra tiene aún zonas veladas que no han sido estudiadas en su totalidad.

Los seis artículos reunidos en el volumen, escritos entre 1991 y 1995, permiten seguir la secuencia indagatoria en un amplio período de la historia literaria venezolana, particularmente de su narrativa. El sentido irónico y humorístico que asume el autor le permite discernir con agudeza y precisión los aspectos más polémicos –y oscuros a veces– de muchos de los autores que en esa época fueron, y de alguna manera siguen siendo, leídos todavía con prejuicios y censuras.

Al incluir monografías sobre autores particulares –Garmendia y Meneses– Lasarte privilegia a dos indudables valores de la narrativa venezolana, pero también deja sólo mencionados muchos otros nombres y obras que necesariamente habría que colocar entre las futuras prioridades de una tarea de “rescate”. Esto, por supuesto, no le resta méritos al volumen en su intento por hacer nuevas lecturas y ajustar cuentas a los prejuicios y determinaciones apriorísticas de buena parte de la crítica y la historiografía literaria precedentes. Lasarte logra valorar con profundidad y de manera crítica tanto las obras como el período histórico, no obstante el fraccionamiento que implica la naturaleza autónoma de los artículos. En su conjunto, *Juego y nación* es un libro útil, crítico y didáctico, que cuestiona una serie de “verdades absolutas”, mitologizantes, repetidas hasta la fatiga por algunos críticos, por difundidos manuales y por ciertas líneas tendenciosas de la historiografía literaria venezolana.

GREGORY ZAMBRANO

JOSÉ M. DEL PINO, *Montajes y fragmentos: una aproximación a la narrativa española de vanguardia*. Rodopi, Amsterdam-Atlanta, 1995; 201 pp.

Encontramos aquí un marco de referencias útiles para caracterizar dos instancias estéticas complejas y al mismo tiempo aglutinadoras: modernidad y vanguardia, valoradas como conceptos complementarios. En ese

contexto estudia tres obras que, según la valoración del autor, son los ejemplos más logrados de la prosa española de vanguardia, por plantear, entre otros, los problemas de la configuración del sujeto moderno y los principios de ruptura formal. Los textos narrativos que analiza son: *Víspera del gozo* (1926) de Pedro Salinas, *Pájaro pinto* (1927) de Antonio Espina y *Cazador en el alba* (1930) de Francisco Ayala.

Del Pino estudia el vanguardismo de manera general, dirigiendo su discusión hacia los problemas de representación de la realidad, percibida como diversa, compleja y disgregada, en la cual el artista toma conciencia y refleja la vida en un estado de crisis permanente. No obstante lo polémica que pueda resultar la justificación de los planes vanguardistas y su relativo éxito o parcial fracaso, el autor cree necesario reconocer que el movimiento vanguardista incidió de manera contundente en los enfoques sobre la obra de arte, y ayudó a definir nuevas relaciones entre el creador, el hecho artístico y el receptor.

Para ello, el autor se apoya en las tesis sostenidas por Peter Bürger en *Teoría de la vanguardia* (1974). Una de ellas explica cómo la obra integra elementos “meta-artísticos”, que logran despertar en el receptor una actitud reflexiva sobre la “naturaleza del arte” (p. 4) y lo llevan a participar más intensamente en la creación del sentido. De tal manera, lo que produjo el arte plástico y particularmente la literatura de vanguardia fue una propuesta artística para la crisis. Del Pino considera que a partir de esta toma de conciencia, se produjo, como situación extrema, un mayor atrevimiento estético frente a la angustia colectiva vivida entre las dos guerras. A partir de esa circunstancia histórica, la vanguardia se opone a las prácticas culturales burguesas del siglo XIX y postula una valoración distinta del fenómeno urbano, en la cual se fundó una especie de mitología moderna.

El concepto de modernidad que emplea Del Pino coincide con la de otros críticos o teóricos preocupados por estos problemas (Baudelaire, Benjamin y Habermas, entre otros), quienes, en su opinión, han analizado la modernidad “desde un concepto de actualidad transitoria dotada de memoria y orientada hacia el futuro” (p. 6). De allí que los artistas de la vanguardia se han caracterizado por su distanciamiento de la tradición inmediata.

En los primeros capítulos presenta las bases teóricas de la modernidad y la vanguardia. A Del Pino le interesa, sobre todo, elaborar un apoyo conceptual que le permita determinar con precisión algunos problemas como, por ejemplo, el de género literario, porque la reflexión sobre el fenómeno del vanguardismo se ha centrado más en las artes plásticas y la poesía. En el caso de la narrativa, la propuesta vanguardista debía justificar su existencia dentro del género novela, desafiando el realismo en la trama y los personajes. Desde esta perspectiva, Del Pino valora el vanguardismo como conciencia de crisis y establece los lindes conceptuales que le permiten definir lo que denomina “obra artística inorgánica”. Con esta idea establece los vínculos entre la obra y el

“espacio emblemático de la ciudad cosmopolita”, donde puede percibir las consecuencias derivadas de la producción y recepción del arte y, específicamente, de la literatura.

Luego introduce la polémica que subyace en los conceptos de novela “decadente y deshumanizada”, a partir de las teorías de George Lukács, para quien el objeto de la novela de vanguardia no es el de construir sujetos idénticos a los reales, sino otorgarles un aspecto fragmentario, incompleto, que se ajuste de manera coherente con los principios inorgánicos del vanguardismo.

Del Pino destaca la labor de José Ortega y Gasset y la *Revista de Occidente* como órgano difusor de ideas y, principalmente, de obras narrativas vinculadas con la literatura de vanguardia. Ortega se empeñó en auspiciar la creación de una gran novela moderna, elaborada sobre conceptos generales de deshumanización e intrascendencia artística. Bajo el principio modelador de un estilo hermético, apoyó a un grupo de jóvenes narradores interesados en esa renovación, pero el proyecto perdió continuidad cuando Ortega comprendió que no se escribiría una obra a la altura de sus expectativas. Sin embargo, Del Pino señala como positivo el hecho de que la *Revista de Occidente* diera a conocer esos primeros intentos renovadores en la narrativa española de la época.

El autor observa que en estos años “la narrativa de vanguardia está llena de jóvenes protagonistas que lucharon, con mayor o menor éxito, por romper las estructuras más coercitivas de la sociedad española de la época, como eran familia y religión” (p. 59). A partir de esta opinión, señala algunos elementos afines en los intentos narrativos renovadores: automóviles y motocicletas, cabarets, anuncios luminosos, hoteles, sexualidad explícita, etc. Todo ello se mezcla para crear el efecto de la novedad, el confort, los desplazamientos y las nuevas concepciones del tiempo y el espacio.

En “Pedro Salinas y la reconstrucción de las vísperas”, Del Pino comenta las opiniones que ha destacado la crítica acerca de la novedad y trascendencia de *Vísperas del gozo*, conjunto de relatos donde el espacio y el tiempo narrativo se organizan a partir de lo que el autor denomina “la temporalidad subjetiva” (p. 106). En estos textos se sintetizan elementos ya descritos dentro de la narrativa vanguardista, como, por ejemplo, la aparición de un personaje femenino que es luego sustituido por la imagen de una ciudad representada como sujeto erótico. El análisis sirve a Del Pino para reafirmar cada uno de los elementos que ha destacado en su discusión previa. Este apartado concluye con la valoración de los recursos narrativos de Salinas para comprometer al lector como un espectador, a quien podría interesar más el montaje estructural de cada uno de los relatos, que su historia misma.

En *Pájaro pinto*, Del Pino señala, con suficientes ejemplos, las técnicas propias de la narración fílmica, es decir, muestras de la fragmentación, del predominio visual y la expresión metafórica en el marco histórico de

la posguerra donde, en su opinión, destacan como temas “el desencanto del amor, el desconsuelo ante el mundo y la actitud burlesca que se impone frente a la tragedia que es vivir” (p. 135). Del Pino señala en esta novela la presencia de una propuesta nihilista como trasfondo de la crisis espiritual de la sociedad, expresada en la literatura moderna.

En la novela de Ayala destaca el crítico la relación del sujeto con la ciudad moderna. Analiza las transformaciones del protagonista, quien viene del campo a la gran urbe. El personaje se transforma, de campesino en ciudadano y luego en boxeador, en medio de una gran disonancia, donde la muerte se expresa como metáfora, y donde, según Del Pino, “Ayala enfatiza... la desolación de unos seres que viven en tiempos inmisericordes, en una ciudad sin piedad, donde ya sea a manos de un carnicero enloquecido o por azar, la muerte sustituye a la esperanza” (p. 172). La transformación del personaje corre paralela con la metamorfosis de la ciudad, ilustrando con ello un elemento revelador del proceso de modernización.

En una breve conclusión, el autor señala nuevamente su intención de valorar estas novelas como casos, si no paradigmáticos, suficientes para ilustrar un aspecto de la literatura española de posguerra que, en menor grado, había ocupado el interés de los lectores y estudiosos, entre otras razones, por la mayor difusión que tuvo en esos años la poesía de la Generación del 27.

Este es un intento sistemático por actualizar la lectura de tres modelos narrativos desde la perspectiva vanguardista, pero, ahí está quizás la debilidad del trabajo, porque no llega a profundizar en los puntos de relación que aproximan o distancian las propuestas narrativas de Salinas, Espina y Ayala. En algunos pasajes, el discurso crítico se concentra más en lo anecdótico o lo estructural que en la organicidad de las obras, y deja de lado la reflexión teórica que elabora en la primera parte de su exposición. El bien documentado aparato crítico y la bibliografía sistemática podrían ayudar a comprender mejor este período histórico y literario de la España de los años veinte y treinta.

GREGORY ZAMBRANO

SUSANA GONZÁLEZ AKTORIES, *Antologías poéticas en México*. Praxis, México, 1996; 366 pp.

Muchos de los mejores estudios acerca de autores, obras particulares o épocas literarias han tenido su origen en una tesis doctoral. El proceso necesario para que una tesis se convierta en libro generalmente es lento, laborioso y constituye a menudo un trabajo casi tan arduo como la investigación misma. Al parecer, este libro no ha pasado por ese proceso de depuración.